

Ensayo de un diccionario de la literatura colombiana

Escribe: **NESTOR MADRID-MALO**

— LETRA "C" —

CARRASQUILLA, TOMAS. (Santodomingo, Ant. 1858-Medellín, 1940). Estudió en su pueblo natal y en Concepción, centros menores antioqueños, cuyo ambiente tanto influiría en su formación. En 1873 fue enviado a estudiar a Medellín, en la Universidad de Antioquia, donde fue mejor lector de novelas que buen estudiante. La guerra civil de 1878 lo obligó a regresar a Santodomingo, donde vivió por más de veinte años y desempeñó algunos modestos destinos municipales. Pero entonces, como siempre, fue la lectura su ocupación favorita. Esa devoción por los libros hizo de él un precoz autodidacto y le dio a la larga una formación literaria que, unida a sus sagaces condiciones de observador del medio criollo y sus gentes, determinarían la eclosión de su genio literario. Y así, en 1890, publica en "El Casino Literario", de Medellín, su primer cuento: **Simón el mago**. Y entre 1897 y 1898 aparecen en "El Montañés", de la misma ciudad, otros cuentos y novelas cortas, tales como **El ánima sola**, **Blanca**, **Dimitas Arias** y **En la diestra de Dios Padre**. En 1896 se dio a conocer como novelista con **Frutos de mi tierra**. Luego publica en "Alfa", revista medellinense, su novela corta **Entrañas de niño** (1906) y el cuento **Mirra** (1907). Y todo ello sin salir de su pueblo, donde escribe también su segunda gran novela, **Grandeza** (1910).

En 1914 se resuelve al fin a respirar otros aires y se traslada a Bogotá, donde ocupa un cargo subalterno en el Ministerio de Obras Públicas, al tiempo que colabora en el suplemento literario de "El Espectador". Pero la rutina burocrática no era cosa para él, y así en 1919 se instala definitivamente en Medellín, dedicado a leer y escribir. Y fuera de eso, ya no hizo otra cosa en el resto de su vida, salvo frecuentar una y otra tertulia, donde brillaban sus dotes de conversador. Allí publicó la mayoría de sus restantes obras, que hicieron su fama de maestro del idioma y de la narrativa colombiana. Casi paralizado por una enfermedad circulatoria en 1928 —el mismo año en que aparece **La Marquesa de Yolombó**— y reducido luego a la ceguera en 1934, tuvo aún tiempo de dictar su última produc-

ción novelística, la trilogía *Hace tiempos - Memorias de Eloy Gamboa* (1935-36). Y aunque después recuperó parcialmente la vista, ya no volvió a escribir más, consciente de que había dado todo lo que literariamente podía expresar.

Carrasquilla fue el fundador de lo que se ha denominado el "realismo antioqueño", escuela novelística que logró conciliar las influencias directrices del realismo español con las peculiares características regionales del medio y del hombre de Antioquia, y que tuvo el mérito —junto con la otra dirección modernista, encabezada por Clímaco Soto Borda y Emilio Cuervo Márquez— de haber superado y reemplazado las dos tendencias que hasta entonces habían dominado en la novela colombiana del siglo XIX: el romanticismo y el costumbrismo. A lo largo de su período creador —que va de 1890 a 1936— el genio de Carrasquilla se manifestó en una garbosa y castiza producción novelística, donde las gentes, las costumbres, las cosas, el ambiente y, sobre todo, el habla de su Antioquia nativa, son recreados vívidamente. En un estilo que tiene la rara condición de amalgamar los más puros arcaísmos idiomáticos con las más raizales expresiones populares —y donde su espontánea y limpia prosa hace de ágil punto de equilibrio— el maestro antioqueño no solo forjó todo un mundo de válida ficción literaria y una duradera obra de arte narrativa, sino un monumento de la lingüística castellana trasplantada a América, o mejor dicho, a Antioquia.

La obra de Carrasquilla puede dividirse en cuatro partes: 1) La novela propiamente dicha, que comprende *Frutos de mi tierra*, *Grandeza*, *La Marquesa de Yolombó* y la trilogía *Hace tiempos* (I. *Por aguas y pedrejones*, II. *Por cumbres y cañadas* y III. *Del monte a la ciudad*); 2) Las novelas cortas que son: *Dimitas Arias* (1897), *Salve Regina* (1903), *Entrañas de niño* (1906), *El padre Casafús* (1914), *El zarco* (1925), *Ligia Cruz* (1926); 3) Los cuentos, que son en total veinte; y 4) Los relatos de la serie de *Dominicales* (1934), que son diecisiete. Pero, fuera de tal diferenciación formal, cada una de esas partes ensambla perfectamente en el conjunto total de la obra del maestro, pues hay en todas ellas constantes temáticas, ambientales y estilísticas, que el genio creador de Carrasquilla supo distribuir por dondequiera pasaba su pluma.

Como muy bien lo advierte Kurt L. Levy —el ensayista y crítico norteamericano que tan a fondo ha penetrado en la novelística de Carrasquilla—, cuatro son los elementos que integran la obra del gran escritor antioqueño: 1) "Un escudriño espiritual en la gente menuda", o sea los penetrantes estudios de sicología infantil que constituyen buena parte de sus cuentos y novelas; 2) "Una indagación en las ideas únicas", es decir, el tratamiento que con tanta frecuencia hace de estados obsesivos en sus personajes; 3) El elemento regional, que es un tributo a su Antioquia nativa, y 4) El lenguaje, de suyo tan característico e inimitable. (Ver: Kurt L. Levy, *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*, Bedout, Medellín, 1958).

Los dos primeros elementos, a su vez, dividen las novelas del maestro en dos tipos, según predomine en ellas la consideración psicológica infantil —como en el caso de *Simón el mago*, *Blanca*, *Rogelio*, *El rifle*, *Entrañas de niño*, *El zarco* y *Hace tiempos*— o el enfoque de esas ideas únicas a

que alude Levy, como acontece en *Frutos de mi tierra*, *Dimitas Arias*, *Salve Regina*, *Grandeza*, *La mata*, *Superhombre*, *Ligia Cruz* y *La Marquesa de Yolombó*.

Los cuentos de Carrasquilla —la mayor parte publicados en “*El Espectador*”, de Medellín, son en orden de aparición, los siguientes: *Simón el mago* (1890); *En la diestra de Dios Padre* y *Blanca* (ambos en 1897); *El ánima sola* (1898); *San Antoñito* (1899); *Mirra* (1907); *Historia etimológica*, *El prefacio de Francisco Vera*, *El gran premio* y *La perla* (todos de 1914); *El rifle* (1915); *El hijo de la dicha* y *Palonegro* (ambos de 1919); *Los cirineos*, *Fulgor de un instante*, *Regodeos seniles*, *Superhombre* y *Tranquilidad filosófica* (todos de 1920); *Esta sí es bola* (1921); *Rogelio* (1926).

Tanto las novelas cortas como los cuentos fueron sucesivamente recogidos en volúmenes, con los siguientes títulos: *El padre Casafús* —1914— que contiene, a más de la historia que le da el nombre, *Dimitas Arias*, *El ánima sola*, *San Antoñito*, *En la diestra de Dios Padre*, *Blanca*; *Entrañas de niño* —1914— que además contiene: *Mirra*, *Simón el mago*, *Salve Regina* y las *Homilías Nos. 1 y 2*. En las “*Ediciones Colombia*”, aparecieron *El zarco* (1925), y *Ligia Cruz* y *Rogelio* (en un solo volumen, 1926). Con el título *Cuentos de tejas para arriba* (1936) fueron nuevamente editados *En la diestra de Dios Padre*, *El ánima sola*, *Simón el mago*, *San Antoñito* y *Rogelio*, junto con otros tres hasta entonces no recogidos en volumen: *El prefacio de Francisco Vera*, *El gran premio* y *Palonegro*. En la “*Biblioteca Aldeana de Colombia*”, N^o 12, fue editado en 1935 *Dimitas Arias*, en la sección de cuento y novela. Y en la “*Biblioteca Popular de Cultura Colombiana*”, aparecieron en 1946 *Entrañas de niño* y *Salve Regina*.

La suerte editorial de Carrasquilla —tan limitada y esquiva hasta en la edición de las “*Obras completas*” (Ediapsa, Madrid, 1952), con el erudito prólogo de Federico de Onís— se concluye con la aparición, en 1956, de los *Cuentos de Tomás Carrasquilla*, publicados por Benigno A. Gutiérrez, y con las otras “*Obras completas*” (Medellín, 1958) donde el mismo editor corrigió no pocos de los errores que se deslizaron en la edición española.

La serie de *Dominicales* —recogida en volumen en 1934—, está integrada por diecisiete relatos breves que Levy denomina *Cuadros de costumbres*, aunque a algunos de ellos les falta poco para ser verdaderos cuentos. Son los siguientes: *A la plata*, *Alma*, *El angel*, *Campesinos*, *Copas*, *Curas de almas*, *Elegantes*, *Estrenos*, *Estudiantes*, *La horca*, *La mata*, *Mineros*, *Salutaris hostia*, *Titanes Vagabundos*, *Veinticinco reales de gusto*, *Vestes y moños*.

Entre las restantes obras no narrativas de Carrasquilla, a más de los cálidos capítulos de su *Medellín*, merecen citarse sus artículos sobre crítica literaria, que muestran hasta qué punto estaba al día en sus lecturas. Y entre ellos, se destacan sobre todo sus *Homilías* (Nos. 1 y 2), en las cuales hace una cáustica y resuelta oposición al movimiento modernista, no en lo que tenía de renovador de las letras castellanas, sino en lo que significaba como servidumbre a modas foráneas, tal como muy bien lo ha advertido don Federico de Onís en su citado prólogo. Su abominación a los extranjerismos era tal que proclamaba la necesidad “de un 20 de Julio lite-

rario", para volver por los fueros de las letras nacionales. No quería decir ello que no considerase necesario una adecuada ventilación de estas, dando cabida a temas universales; pero sin claudicar de su nota terrígena, que fue lo que en verdad hicieron los novelistas latinoamericanos a partir de Rivera, Gallegos, Guiraldes, etc. Allí, precisamente radica la diferencia entre Carrasquilla y los costumbristas del siglo XIX.

CARVAJAL, MARIO. (Cali, 1896). Estudió filosofía y letras en el Colegio del Rosario, donde se doctoró con una tesis titulada *La emoción del paisaje en los poetas del Valle del Cauca*. Ha sido profesor de humanidades y rector del Colegio de Santa Librada de Cali, ministro de educación, embajador en el Ecuador, rector de la Universidad del Valle. Hombre de letras ante todo, ha escrito una excelente biografía del autor de *María —Vida y pasión de Jorge Isaacs—* y una recopilación de ensayos titulada *Estampas y apologías*. Pero ha sido su poesía la que le ha dado relieve literario, especialmente la contenida en su primer libro, *La escala de Jacob*, integrado por sonetos de tono místico. En algunos de estos, de rara perfección formal, alcanza una elación espiritual tan definida que hacen de su poesía un misticismo lírico sin antecedentes en la literatura colombiana de los siglos XIX, XX. Según el padre Ortega, Carvajal "sabe remontar su vuelo a las más altas esferas del espíritu, y tender entre este y Dios como una escala, la armonía del universo, musical y luminoso, y que se presta para expresar lo inefable... Por este aspecto de la mística su libro no tiene rival en nuestra literatura poética". Y, en realidad, Carvajal es, por ese aspecto, un caso insular en la lírica colombiana. No puede decirse lo mismo de su otro libro *Romancero colonial de Santiago de Cali*, de muy diferente dimensión y significado. Publicados ambos hace más de veinte años, no han sido seguidos por otros que pudieran dar un idea del desarrollo ulterior de su poética.

CASAS, JOSE JOAQUIN. (Chiquinquirá, 1865-Bogotá, 1951). Estudió en el Seminario de Bogotá y en el Colegio del Rosario, donde obtuvo el doctorado en derecho. Por algunos años ejerció la judicatura y el magisterio. En 1901 fue nombrado ministro de instrucción pública, cargo en el cual cumplió una emprendedora labor. Luego fue ministro de Guerra, al finalizar la guerra civil de los "Mil días", y su celo represivo fue tal que estuvo a punto de provocar el fusilamiento del general Rafael Uribe Uribe, que había rendido las armas. A partir de 1906 se dedicó de nuevo a la enseñanza y en Bogotá dirigió un notable colegio hasta 1922, aunque sin abandonar la política y el periodismo, pues en ese lapso fue varias veces representante y senador, director de el diario "El Santaferense" (1918-1920) y permanente colaborador de otros periódicos y revistas. Fue por varios períodos presidente del Consejo de Estado, en su calidad de primer designado para ejercer el Poder Ejecutivo. En 1930 pasó a desempeñar el cargo de ministro plenipotenciario en Madrid. De regreso al país, dedicó el resto de sus días a la literatura y a sus funciones como miembros de la Academia Colombiana de la Lengua y de la Academia de la Historia, entidad esta que él fundó cuando fue ministro de Instrucción.

Hombre de ideas más que tradicionalistas y conservadoras, sus actuaciones políticas no siempre se distinguieron por la tolerancia y la ecuanimidad, en lo cual siguió de cerca las huellas de José Eusebio Caro. Pero ello quedó compensado con su positiva labor en el campo educativo y cultural, pues fue un educador y un hombre de letras antes que un político. Prosista atildado, su elegante corte académico puede apreciarse muy bien en las *Semblanzas de Diego Fallon y José Manuel Marroquín* (1915 y 1917, respectivamente), publicadas luego conjuntamente en el volumen 52 de la "Selección Samper Ortega". Pero es en la poesía donde su talento literario se puede apreciar mejor. Aunque tampoco allí llegara a grandes alturas, pues estuvo siempre oscilando entre lo neo-clásico, lo romántico y lo popular. A aquella dirección pertenecen sus odas y sus sonetos elegíacos, donde la perfección formal supera a la inspiración. Por lo que hace a sus versos románticos, nunca pueden ser comparados a su poesía popular, sin duda lo más valioso de toda su obra. En efecto, lo que en ella hay de criollismo, de lírico tratamiento de los temas y motivos populares, es lo que más fama le ha dado. Hasta el punto de que muchos de sus poemas de este tipo han pasado al anónimo acervo de la poesía del pueblo, en forma de guayaberas y cantas, que así se denominan las coplas de su tierra boyacense, que tanto supo trasuntar, celebrar y enaltecer. Al respecto ha dicho García Prada: "Como poeta criollo ninguno lo ha superado en Colombia; ni el mismo don Gregorio Gutiérrez González llega a igualarlo. Se podría decir que es único, al par que sobresaliente. Dominaba las formas tradicionales y las manejaba con singular acierto y donosura...".

Su obra poética está contenida en los siguientes libros: *Cristóbal Colón* (1892), *Recuerdo de fiestas* (1912), *Crónicas de aldea* (1918?), *Poesías* (1920), *Infancia* (1936), *Cantos de la patria chica* (1941). Tradujo el *Arte poético* de Horacio, que permanece inédito aún.

CASTAÑEDA ARAGON, GREGORIO. (Santa Marta, 1886-Barranquilla, 1961).

Estudió en el Colegio Ribón de Barranquilla, ciudad donde transcurrió gran parte de su vida, entre uno y otro viaje. Allí, al comenzar la década de los veinte, hizo parte del grupo literario que se congregó alrededor de la revista "Voces", que tanta significación tuvo en la vida cultural barranquillera de entonces. Colaboró allí en varios periódicos, especialmente en el suplemento literario de "La Nación", diario del cual fue director. Viajero por Europa y América —ya como cónsul en Guatemala, Ciudad Bolívar y Belén del Pará, ya a título de insaciable trotamundos— dejó cálidas relaciones de los países visitados en sus libros *Pueblos de allá* (1939) y *Estampas de la España que se va* (1938), y en otros hasta ahora inéditos como *De continente a continente*. Escribió asimismo dos novelas: *Náufragos de la tierra* (1920) y *Zamora* (1925), muy celebradas en su tiempo. Fue también excelente prosista, tal como se puede apreciar en sus obras *Recortes de vida* (1924), *Lápices de café* (1925), *Papeles de la huelga* (1931), *Nuevos recortes de vida* (1931), *García de Toledo, el hidalgo de la revolución* (1947). Estudioso de las cosas de su tierra, escribió dos monografías sobre su departamento nativo: *El Magdalena de hoy* (1927) y *Geografía turística del Magdalena* (1940). Dejó inédito un libro de cuentos *La última risa*, y otro de prosas escogidas: *Cuartillas de la medianoche*.

Al morir, estaba revisando su libro de memorias *Un hombre al agua*, y un volumen de poemas en prosa cuyo título inicial, *Islas flotantes*, prefirió luego ponerlo a una selección de sus poemas marinos que con ese nombre apareció en 1959 en Barranquilla, en los "Cuadernos de la Revista del Atlántico".

Pero, no obstante su notable obra en prosa, es su poesía la que con mejores títulos justifica su presencia en nuestra literatura. Iniciada bajo la advocación modernista con sus libros *Máscaras de bronce* (1916) y *Campañas de gloria* (1917), poco a poco fue encontrando su propia voz poética en los volúmenes sucesivos que publicó: *Rincones de mar* (1925), *Orquesta negra* (1931), *Faro* (1931), *Canciones del litoral* (1939), *Mástiles al sol* (1940), y el ya citado de *Islas flotantes* (1959). Allí se revela Castañeda Aragón como el gran poeta del mar, de los hombres y de las cosas del mar, que en sus poemas surgen revestidos de una dimensión lírica bien poco común. A través de un límpido lenguaje, sencillo como la arena y el agua mansa, logró estructurar una poesía de lo marino y lo litoral al tiempo —y a veces también de lo ultramarino, de lo viajero y portuario— que lo convierte sin discusión en un caso excepcional en la poesía colombiana de su época, por tanto tiempo alejada de la temática marina. Sin embargo, su obra lírica —que es mucho más importante de lo que se cree— es prácticamente desconocida en el país, a pesar de ser tan digna de consideración y estudio.

CASTELLANOS, DORA. (Bogotá?...). Hizo estudios en el Colegio de la Merced y en el Ateneo Femenino. Ha desempeñado importantes cargos en la administración pública y en la organización de algunas conferencias internacionales reunidas en Bogotá. En Caracas, donde vivió un tiempo, fue redactora del diario "El Nacional". Colabora con frecuencia en periódicos y revistas del país, especialmente en "Cromos" y en "El Tiempo". Ha publicado tres libros de poemas: *Clamor* (1948), *Verdad de amor* (1952), y *Escrito está* (1963). Se advierten allí frescas calidades líricas, que la han llevado justamente a figurar entre los primeros valores de nuestra poesía femenina. Su buen gusto la ha salvado de los escollos del tema amoroso, que tan a menudo conspira contra la calidad poética de la mayoría de nuestras poetisas. Y de algunos de nuestros poetas... Con razón Rilke le advertía al joven poeta de sus cartas: "Y sobre todo, no escriba usted versos de amor...". Su temática, su idioma poético, e incluso las formas que prefiere —como el soneto, que tan bien domina— dan a su obra un sello de autenticidad lírica indudable.

CASTELLANOS, JUAN DE. (Alanís, España, 1522-Tunja, 1607). Si bien nacido en tierras españolas, Castellanos pertenece al Nuevo Mundo y a Colombia, tanto por haber aquí transcurrido la mayor parte de su vida como por haber escrito acá la obra que le ha dado fama literaria. En su villa natal de Alanís (provincia de Sevilla) hizo el futuro beneficiado de Tunja sus primeros estudios, bajo la dirección del párroco del lugar, el bachiller Miguel de Heredia, quien luego le enseñó en Sevilla

gramática, preceptiva, poesía y oratoria, "saliendo de su poder hábil y suficiente para poder enseñar y leer gramática en todas e cualesquier parte donde él quisiese", tal como reza el testimonio de su maestro. Por largo tiempo fue motivo de disparidades lo relativo a la época en que Castellanos vino a América, y hasta hace poco se creyó que lo había hecho siendo aún muy niño y que sus estudios del latín y humanidades los había realizado, por tanto, en el nuevo continente. Pero la exhaustiva investigación debida al Pbro. Mario Germán Romero, en su documentado libro **Juan de Castellanos, un examen de su vida y de su obra** (Bogotá, 1964), ha puesto las cosas en claro. Y así se ha podido establecer con bastante fijeza la cronología probable de su vida, antes de su definitivo establecimiento en Tunja. Según eso, resulta que su venida se produjo alrededor de 1539, año en que llegó a Puerto Rico. Pasó luego a Santo Domingo, Curazao y Aruba, y entre 1540 y 1541 estuvo en Cubagua, y de 1542 a 1544 en la isla de Margarita, de donde se transfirió al Cabo de la Vela (actual Guajira). Aquí se dedicó durante siete años (1544-1552) a formar en algunas expediciones conquistadoras y a adelantar algunas labores de minería, sin mucho éxito, por lo cual pasó a Santa Marta en 1553. Ya para entonces parece que había surgido su vocación religiosa, pues desde 1550 su madre había comenzado a levantar en Alanís las informaciones de testigo que eran de rigor para ingresar al sacerdocio. Pero mientras ello se decidía, hizo parte de nuevas expediciones, hasta que se trasladó a Cartagena, donde recibió sagradas órdenes alrededor de 1554. Allí desempeñó un curato hasta 1557, año en que fue designado canónigo tesorero sustituto. En 1558 fue cura en el río de la Hacha, cargo que sirvió hasta 1560, y en 1561 se le encuentra en Tamalameque haciéndole frente a los cargos que le formulara el provisor Sánchez Muñoz. Por último, en 1562 pasó a su definitivo curato de Tunja, donde en 1568 —después de mucho solicitarlo— obtuvo el beneficio tan anhelado.

A partir de esa época alterna Castellanos sus actividades de cura de almas y doctrinante de indios, con las de administrador de su beneficio. Fomenta obras pías y caritativas, impulsa la construcción de iglesias y el establecimiento de monasterios, y al mismo tiempo se preocupa en la explotación de sus tierras de Hato y Leiva. Dedicó también muchos ratos libres a conversar con algunos eruditos amigos y a poner por escrito sus recuerdos de la Conquista, con la intención de componer una crónica histórica sobre tales hechos. Pero algunos de sus contertulios —el doctor Miguel Espejo, el licenciado Cristóbal de León, Diego de Buitrago y Sebastián García— bien pronto le convencen para que ponga todo ello en verso, tal como lo acaba de hacer en España don Alonso de Ercilla con los hechos de la conquista de Chile, en su *Araucana*, publicada pocos años antes, en 1569. Y el buen clérigo, que había gastado sus buenos años en aquella tarea —comenzó a redactar su primitivo escrito en prosa hacia 1570— emprende entonces en 1579, según propia confesión, la titánica obra de reducir a versos el gigantesco mamotreto. Y no en cualquier forma, pues le emprende nada menos que con la difícil octava real que había usado Ercilla. Pero casi a mitad de tal labor —a partir del canto primero de la *Historia de la Gobernación de Antioquia*— siente exhausta su musa y deja a un lado la exigente rima. Continúa entonces en versos sueltos, al estilo de los épicos italianos

del Renacimiento. Fue así como, en una ímproba labor, que le tomó todo su ingenio y su formidable capacidad de versificación, fueron surgiendo las **Elegías de Varones Ilustres de Indias**.

Alrededor de 150.000 versos integran el “monstruoso poema”, que más que epopeya es una crónica versificada donde se acumulan sucesos y datos de la más diferente índole sobre el descubrimiento y conquista de Venezuela y la Nueva Granada, constituyendo así un inmenso acervo histórico y un venero infinito de noticias sobre los más variados asuntos y acontecimientos. La prodigiosa memoria de Castellanos se volcó allí toda, tanto como su gigantesca capacidad versificadora. Por eso su obra no tiene par en la literatura universal en cuanto hace a la extensión, pues jamás poeta alguno acumuló tanto verso en una sola obra. Y todo por emular con don Alonso de Ercilla. Y aunque la calidad estética de **La Araucana** está muy por encima de las **Elegías**, no es menos cierto que estas constituyen un curioso monumento literario, no por farragoso menos importante desde el punto de vista de sus dimensiones, de su importancia lingüística, y de su significado histórico, no obstante que a veces se aparte de la verdad de lo sucedido para dar libre curso a su fantasía o acoger las más peregrinas versiones y noticias. Porque si bien las calidades poéticas del beneficiado de Tunja no alzaban mucho su vuelo —aunque hay momentos en que lo logra— por otra parte se dio el lujo de realizar una obra excepcional por muchos conceptos, en una época y en un ambiente que tan poco invitaban a tales menesteres.

Dividida en cuatro partes, cada una subdividida en **Elegías** y estas, a su turno, en **Cantos**, el colosal poema sufrió inicialmente una adversa suerte editorial, pues en vida del autor solo alcanzó a editarse la primera parte (Madrid, 1589), permaneciendo inédito allí el resto del manuscrito hasta 1847, cuando fueron publicadas las tres primeras partes en la “Biblioteca de Autores Españoles” (Tomo IV). La cuarta parte apareció en 1886, en la “Colección de Escritores Castellanos”, con introducción y notas de don Antonio Paz y Melia. Y, por último, el **Discurso del capitán Francisco Drake** —que Castellanos había incluido en la tercera parte, después de la **Historia de Cartagena**, en donde fue excluido por la censura española— solo vino a ser publicado en 1921, con prólogo y notas de don Angel González Palencia.

La primera edición completa de las **Elegías** apareció en dos volúmenes en Caracas (1930-32), dirigida por Carracciolo Parra Pérez. En Colombia hubo que esperar hasta 1955 para la aparición de la obra completa, publicada entonces en cuatro volúmenes dentro de la colección denominada “Biblioteca de la Presidencia de la República. (Bogotá, 1955). Antes solo se habían editado fragmentariamente en la “Biblioteca Popular de Cultura Colombiana”, los volúmenes correspondientes a la **Historia de la Gobernación de Antioquia y del Chocó** y la **Historia de Cartagena**.

Parece que las **Elegías** no fue la única obra compuesta por Castellanos, pues según lo expresado por él, en su testamento, también escribió un libro en octavas rimas sobre la **Vida, muerte y milagros de San Diego de Alcalá**, de cuya existencia nunca se ha vuelto a tener noticia alguna.

Las opiniones críticas sobre la obra del inefable beneficiado han sido bien disímiles y contrastantes. Haciendo un justo balance de los dos grandes aspectos de las Elegías, don Marcelino Menéndez y Pelayo distingue muy bien lo que en ella hay de aporte histórico y lo que tiene de creación poética, cuando dice: "Considerada como testimonio histórico, su valor es evidente, aunque no pueda admitirse sin algunas restricciones". Y agrega: "Su obra, más monstruosa que ninguna en cuanto al plan, no es realmente un poema, ni siquiera una crónica, sino un bosque de crónicas rimadas, en que pueden distinguirse tantos poemas como personajes; pero el que tenga tiempo y valor para internarse en este bosque, no dará por perdida la fatiga...". Y, después: "Hay que distinguir también entre las diversas partes de la obra: la primera es poéticamente muy superior a las demás... La parte compuesta en octavas es agradable muchas veces; pero los versos sueltos, que ya abundan mucho en la tercera parte y dominan en la cuarta, son de todo punto intolerables". Sin embargo, don Marcelino hace luego un certero análisis de lo válido y lo negativo que hay allí restituyéndole a su justo sitio literario.

CASTILLO, EDUARDO. (Zipaquirá, 1889-Bogotá, 1961). Alcanzó apenas a culminar los estudios primarios en el Colegio de San Luis Gonzaga, de su ciudad natal. Trasladado luego a Bogotá, a los catorce años —dando muestra de una precocidad poética excepcional— ya escribía sus primeros versos, considerados "de una rara perfección formal". Y a los dieciseis —bajo los auspicios de Carlos Arturo Torres —publicaba en "El Nuevo Tiempo Literario" sus iniciales producciones. Después continuó formándose por sí solo, hasta llegar a poseer una sólida preparación literaria. Luego, durante varios años, fue director del mencionado suplemento y de las "Lecturas Dominicales" de "El Tiempo". En 1918 publicó, en asocio de Angel María Céspedes, el folleto titulado *Duelo lírico*, donde aparecen recogidas las poesías que entre ellos se intercambiaron con motivo de la contienda electoral de ese año. Paradojalmente, lo primero que edita el gran poeta que fue Castillo es así, lo más circunstancial y efímero de su obra, en tanto que debió esperar hasta mediados de la década de los treinta para publicar *El árbol que canta* (Bogotá, sin fecha), en donde recogió lo mejor de su poesía. Después, la vida de Castillo fue un ir y venir entre los libros, la bohemia, las enfermedades y la crítica literaria, que ejerció casi pontificalmente durante muchos años desde la revista "Cromos". Pero, como clave y telón de fondo de todo ello, estaba su poesía, que rodeó y envolvió siempre con una aureola de grandeza a su extraña y enteca figura de poeta fantasma.

Según el maestro Rafael Maya —quien ha escrito sobre él justas apreciaciones— Castillo "...encontró en Valencia al mentor exquisito y aristocrático que requería su talento... Todo el modernismo pasó a Castillo a través de la persuasiva y universal cultura de Valencia, y Castillo supo devolverlo en versos atildados, fruto de su vocación estética, antes que de una espontánea y original inspiración". Y agrega: "Sus versos revelan un propósito de arte conseguido casi siempre con ejemplar exactitud. Carecen, eso sí, de vibración personal, de íntimo arranque emotivo, y quedarían mejor definidos como comentario artístico a lecturas hechas de-

votamente, o a sensaciones vividas a través de los libros. No fue responsable de esto. En plena juventud franqueó las puertas del paraíso artificial; y de los jardines letales no lo sacó más que la mano de la muerte. Nada supo, pues, de la áspera vida, del suave amor, de la embriagante victoria. Vivió sumergido en el mundo de los libros y en el estrecho reducto de su sensibilidad torturada”.

Por su parte, Sanín Cano expresa: “La gracia da el tono a su concepto de la poesía. Con suavidad, en que no tiene rival entre sus contemporáneos, vertió en estrofas cinceladas, donde la gracia borra las huellas del cincel, su concepto del mundo... Su cualidad característica llena toda su obra. La gracia lo inspira en la descripción de los aspectos lisonjeros de la vida con la misma verdad y distinción que en las apariencias ingratas o nefastas...”.

Sin embargo, los anteriores juicios —si bien ponen de presente algunos aspectos de la poesía de Castillo— no lo sitúan en el panorama de nuestra literatura. Miembro de la llamada “generación del centenario”, fue una especie de vínculo entre el primer modernismo —el de Valencia y Víctor M. Londoño— y los poetas que aparecieron entre 1920 y 1925, “Los nuevos”, que de él tomaron ese preciosismo formal que distingue a algunos de ellos, como Juan Lozano, Alberto Angel Montoya y el José Umaña Bernal de su primera época.

Gran parte de su actividad literaria la consagró Castillo a traducir maestramente a los grandes poetas franceses, italianos, portugueses e ingleses. Y a tal punto, que sus versiones —aun conservando una ajustada fidelidad al original— adquieren una dimensión lírica que las hace tan válidas en castellano como en su primitivo idioma. Tal es el caso, por ejemplo, del *If* de Kipling, que conserva en los versos de Castillo la misma tersura, la misma atmósfera que preside el gran poema del maestro inglés.

Hombre de muchas lecturas y con una información literaria al día, Castillo dedicó a la crítica muchas páginas, donde opinaba ex-cátedra sobre todo y sobre todos. Sobre tal función suya, el maestro Maya ha dicho: “¿Fue verdadero crítico Eduardo Castillo?”. La mayor parte de su vida, casi toda ella, la dedicó al comentario de las obras ajenas. Mantuvo entonces una especie de dictadura de la crítica, y formó escuela. Esto último es lo que me interesa. Formó escuela, porque Castillo tomó la faena crítica en el sentido ya dicho: como poética divagación en torno de los hombres y las cosas. Apoyado en su copiosa erudicción, por un lado, y, de otro, en su aguzada sensibilidad; y provisto de unas cuantas ideas muy generales sobre arte, sobre historia, sobre literatura, su crítica fue como sus versos, como sus cuentos, como sus poemas en prosa: un alarde de preciosismo literario y un juego estético de frases en que sobresalían, abultadas, muchas ideas y tópicos literarios que había puesto a circular Darío, en las suntuosas páginas de *Los raros*.

A su muerte, Castillo dejó inédito un libro de poemas titulado *Los siete carrizos*, cuyo prefacio alcanzó a escribir en parte en su propio lecho de enfermo. Quizá nada sirva mejor, para definirlo poéticamente, que la transcripción de algunos apartes de ese interrumpido prólogo: “Para mí el verso es sobre todo imagen o emoción musicalidas. Música ante todo,

dijo el padre y maestro mágico. Y este ha sido el lema de mi blasón lírico. Por eso seguramente los grandes poetas de mi dilección han sido "poetas auditivos": un Lamartine, un Poe, etc. Y si algo me separa sustancialmente de los jóvenes que cultivan los nuevos "ismos", es la melofobia de que estos hacen gala". Confiesa allí mismo que en ese nuevo volumen encara "los dos magnos asuntos de la lírica universal: el amor y la muerte, los divinos gemelos cantados por Leopardi...". Es decir, que ya al final resuelve tratar aquel aspecto de raigambre humana que faltaba en su anterior obra, según apuntaba Maya.

La totalidad de la obra poética de Castillo —salvo la muy incidental contenida en **Duelo lírico** y gran parte de sus mejores prosas, fueron recogidas en los dos volúmenes publicados en 1965 por el gobierno nacional: **Obra poética** y **Tinta perdida** son, respectivamente, sus títulos.